

«Hijo de Dios, que nos asegura que en la Eucaristía nos ha
«dejado su verdadero cuerpo, no encuentran ellos en nin-
«guna parte á Dios bajo formas sensibles, de quien el hom-
«bre tiene una inmensa necesidad para estar siempre cerca
«de él, para estar siempre con él, y para alimentarse de él:
«semejantes á los judíos, no tienen ya verdadero templo, ni
«verdadero culto, ni verdadera union, porque no tienen
«ya verdadera consagracion ni verdadero sacrificio. Ellos
«son aquellos desgraciados por quienes el apóstol san Pablo
«derramaba lágrimas y lanzaba gemidos de dolor llamán-
«dolos gentes extrañas á toda promesa y sin Dios en este
«mundo: *promissionis spem non habentes, et sine Deo in hoc*
«*mundo.* (Ephes. II). Ellos se hallan en un estado anormal y
«violento; ellos se hallan fuera de las condiciones natura-
«les del hombre con respecto á Dios; y su pretendida serie-
«dad, que en el fondo no es mas que tristeza y remordimien-
«to, nace del vacío inmenso que la ausencia del Dios de la
«Eucaristía ha dejado en las almas; nace de los gritos y de
«las acusaciones de la conciencia que pide incesantemente
«á la razon, no solo el Dios de la razon que no le basta, sino
«el Dios del corazon, el Dios que se puede colocar por la
«Comunion en el corazon; ese Dios sin el que el hombre no
«puede pasar en este mundo. *Ubi est Deus meus? Ubi est* (1)?»

«Así es, dice antes, que su culto frio como la razon, es-
«téril como la duda, y vacío como la nada, recuerda mas
«bien el Sínai que el Calvario, mas bien la circuncision que
«el Bautismo, mas bien la ley que el Evangelio; y mientras
«que todo entre nosotros, aun las ceremonias mortuorias,
«anuncian en voz alta la esperanza y la alegría de la resur-
«reccion y de la vida, todo entre ellos, aun los ritos religio-
«sos que se refieren á la vida, hablan el lenguaje fúnebre
«de la tristeza y de la desesperacion, de la tumba y de la
«muerte.»

Y ¿qué diremos de esos sofistas impíos que han negado ro-
tundamente este altísimo misterio? Preciso es ante todo, ó
que ellos se crean unos dioses, ó que conciban una idea
muy pobre y mezquina del Dios verdadero, del Dios de los
cristianos; porque decir «que lo que el hombre no compren-
«de, es imposible á Dios, es atribuir á Dios la flaqueza del
«hombre, haciendo de él un hombre, ó atribuir al hombre

(1) Confer. *ibid.*

«la inteligencia infinita de Dios, haciendo de él un Dios; es
«humanizar á Dios y divinizar al hombre: dos cosas de las
«cuales la primera es una blasfemia, y la segunda un deli-
«rio, y las dos un abismo que la razon condena como con-
«trario á toda razon (1).»

Al abolir estos fanáticos el sacrificio eucarístico apelli-
dándolo *supersticion* (2), no fueron únicamente *impíos*, fue-
ron tambien desapiadados enemigos del bienestar del hom-
bre, de la dicha individual y social, dado que con la víctima
sagrada arrebataron, segun dijimos, el mas poderoso ele-
mento y el mas fecundo gérmen de paz, de alegría, de es-
peranza, de civilizacion y de moralidad. Lo mas extraño es
que, al zaherirlo, no dejaban por eso de confesar, como he-
mos visto, su grande influencia social, llamándolo *el mayor*
freno para retener al hombre en la virtud (3). «La inmensa
«mayoría es aun católica, decia Napoleon á los volterianos,
«y cierto que es una gran dicha; porque, ¿qué es un pue-
«blo sin religion? Vuestro reinado lo ha hecho ver. Para no
«tropezar de nuevo en los cadalsos, es preciso levantar de
«nuevo los altares. Libres sois de no ir vosotros á misa; pero
«la Francia quiere ir, y yo no permitiré que se lo impidan.
«Creedme; en ello le va la vida, os va la vuestra (*).» Pero
bien que en su mismo maestro Voltaire pueden ver el pane-
gírico que le hemos oido hacer de la Comunion cristiana
respecto de su benéfica influencia social.

(1) Confer. *ibid.*

(2) *El militar filósofo*, citado por Nonnotte, *Diccionario Mosáico*, artícu-
lo *Culto*.

(3) *Cuestiones sobre la Enciclopedia*, artículo *Eucaristía*, citado por Ber-
gier, *Tratado histórico y dogmático de la verdadera Religion*, parte 3, ca-
pítulo 7, párrafo 10.

(*) «El hombre, añade el P. Ventura, no solamente tiene espíritu, sino
«que tambien tiene cuerpo. Necesita, por consiguiente, un Dios espí-
«ritu y cuerpo: un Dios á quien pueda en cierta manera ver, tocar, abra-
«zar, besar, colocar á su lado, recibirle y comerle: necesita el Hombre-
«Dios; y no basta esto: necesita el Hombre-Dios de la Eucaristía. Esta
«imprescindible necesidad la prueban bien esos pietistas alemanes,
«esos cuákeros ingleses y esos nigrománticos franceses, que no han
«podido huir de la Eucaristía como medio de comunicacion y punto de
«contacto con Dios sin caer en esos otros medios tan extravagantes y
«ridículos como impíos.» (Conferencias).

§ V.—*Extremauncion.*

El Cristianismo, solícito por la salvacion de los hombres, abarca con los Sacramentos toda su vida. Para conferirle el primero le toma de la cuna, y para administrarle el último se le disputa al sepulcro (*). Tambien nos ha descrito Chateaubriand el interesante cuadro del cristiano moribundo, lleno de valor y de esperanza (**).

Este Sacramento inunda el alma del paciente de grandes consuelos, y fortalece su ánimo casi desfallecido. «El efecto de este Sacramento, dicen los Padres del concilio de Trento (1), es la gracia del Espíritu Santo, cuya unción purifica de los pecados, si todavía quedan algunos que expiar, así como de las reliquias del pecado; *alivia y fortalece al alma*

(*) Hasta el siglo XIII llamóse este Sacramento *Uncion de los enfermos*, y se administraba en los principios de la enfermedad y aun antes del Viático; pero por ciertas ideas ridículas y supersticiosas que surgieron creyóse conveniente en adelante diferir este Sacramento al último extremo de la vida, y en su virtud se llamó *Extremauncion*. (Mabillon, *Act. SS. Benedict. sac.*)

(**) «Llegaos ahora y veréis el mas hermoso espectáculo que puede presentar la tierra, llegaos y veréis morir al cristiano. Este no es ya el hombre del mundo, no es ya el individuo de su país; cesaron ya para él todas las relaciones que tenia con la sociedad. Se acabó ya para él el cómputo del tiempo, ya no tiene otra fecha que la grande era de la eternidad. Un sacerdote sentado á su cabecera le consuela. Este ministro santo trata con el moribundo acerca de la inmortalidad de su alma; y aquella sublime escena que la antigüedad no presentó mas que una vez en la muerte del primero de los filósofos, se renueva diariamente en la humilde cama del mas ínfimo cristiano que va á espirar. Se acerca, en fin, el último momento, y así como un Sacramento abrió á este justo las puertas del mundo, así tambien las va á cerrar otro; la Religión se ha complacido en mecerle en la cuna de la vida; sus hermosos cánticos y su mano maternal le adormecerán tambien en la cuna de la muerte. La Religión misma preparó igualmente el bautismo de este segundo nacimiento, para el cual no hace uso del agua y sí del aceite, emblema de la incorruptibilidad celestial. El Sacramento libertador rompe poco á poco los lazos del cristiano, y su alma, casi separada del cuerpo, está como visible en su rostro. Ya escucha los conciertos de los Serafines; ya se halla dispuesta á volar lejos del mundo hácia aquellas regiones á que la convida esta esperanza divina hija de la virtud y de la muerte. El Ángel de paz bajando en tanto sobre este justo toca con su cetro de oro en sus ojos fatigados, y los cierra deliciosamente á la luz. Muere finalmente sin oírse apenas su último suspiro; muere, y sus amigos guardan silencio por largo tiempo al rededor de su cama, porque piensan que está dormido; tal es la dulzura con que salió del mundo este cristiano.»

(1) Sesión 14, cap. 11.

«del enfermo, excitando en él una confianza grande en la divina misericordia, y alentado con ella sufre con mas tolerancia las incomodidades y trabajos de la enfermedad, y resiste mas fácilmente á las tentaciones del demonio, que le pone asechanzas para hacerle caer; y, en fin, le consigue en algunas ocasiones la salud del cuerpo, cuando es conveniente á la del alma.»

«Los poderosos efectos de este Sacramento, dice el filósofo Sabunde (1), aparecen á veces de un modo sensible al exterior. Miradlo atentamente; ¿dónde está ahora aquel horror á la muerte? ¿dónde están aquellos temores y angustias? ¿de dónde ha venido esa calma del espíritu, esa fortaleza, esa confianza total en Jesucristo? La muerte ya no es pavorosa para él; pues la mira solo como un tributo debido á la justicia de Dios, y como un medio que le conduce hasta su Criador por medio de Jesucristo.»

«¿De qué procede (2) que ese tierno esposo sufra con una paciencia tan admirable verse tan pronto separado de una esposa á quien profesa el mayor cariño? ¿de qué procede que ese padre de familias conserve bastante calma para dar su última bendición á sus hijos? ¿de dónde nace que ese pobre pecador, tan afligido poco há por sus remordimientos, haya encontrado la tranquilidad y la paz, y manifieste que superabunda en consuelos? El óleo santo les fortalece, y les hace capaces de triunfar en ese combate contra las impaciencias, contra los disgustos de ver romperse los lazos que les unen á la vida, y contra los terrores de la muerte y de sus consecuencias: ellos están marcados con la cruz de Jesucristo, fuente inagotable de consuelos y de gracias.»

Pues bien: todos estos confortativos, todos estos consuelos los tiene á mano el Catolicismo para todos sus hijos moribundos, desde el monarca que desfallece en mullido lecho hasta el mendigo que espira sobre un monton de paja ó sobre la dura tierra, y hasta el caminante que presiente morir á la orilla del camino, aunque sea la noche mas tenebrosa, aunque para llegar á él y llevarle estos auxilios y consuelos sea preciso hundirse en los pantanos ó vadear los arroyos.

(1) *Las Criaturas*, lib. III, cap. 3, párrafo 8.

(2) H. J. Thomas, *Misiones parroquiales: Sermon sobre la Extremauncion.*

La administracion de este Sacramento proporciona al sacerdote católico la ocasion de hacer al enfermo una visita mas de las que le ha hecho antes y hará despues ; y al enfermo los consuelos espirituales que en ellas recibe, y no pocas veces los socorros y auxilios temporales. «No parece, «dice muy oportunamente aquí Bergier, que estaban animados de estos sentimientos tan caritativos los que desterraron del Ritual este Sacramento (1).»

Ya se ve : un ministerio religioso de comodidad como el ministerio protestante no debia presenciar espectáculos repugnantes, ni arrostrar el menor peligro, ni sufrir la mas leve incomodidad por el bien, aun espiritual, de sus feligreses ; y en su virtud se apresuraron á eliminar la Extremauncion del catálogo de los Sacramentos, arrebatando con él á los moribundos la fortaleza, el consuelo y la esperanza. Este Sacramento, lo mismo que la necesidad de las buenas obras para la justificacion, estaba terminante en la carta del apóstol Santiago ; y como era preciso cohonestar de alguna manera su poltronería y cobarde conducta, la arrojaron del cánon como *epístola de paja* (*).

Téngase presente que de cuantas reformas é innovaciones han hecho los protestantes en sus rituales y catecismos, innovaciones que pretenden se atribuyan á sabiduría é ilustracion, ni una sola hay que no haya sido dictada por una de estas dos cosas : ó *por la cobardía*, ó *por el vicio*. Con mucha razon les acusó Rousseau «de que solo el interés es el «que decide de su fe (2).»

En cuanto al Filosofismo nada tenemos que decir. Para él «es una costumbre bárbara administrar Sacramentos que «hacen morir mas gente que las enfermedades y los médicos, y que no sirven mas que para matar á los enfermos de «susto (3).»

Oigamos por último á Mr. Gaume acerca de las ventajas sociales de este Sacramento.

(1) *Diccionario de teología*, artículo *Extremauncion*.

(*) Los luteranos, mas sensatos que su patriarca, volvieron á admitirla en el cánon. Los calvinistas, mas fieles á su Cristo, no han querido hacerle este desaire.

(2) *Carta XI de la montaña*, citado por Feller, *Catecismo filosófico*, libro II, cap. 1.

(3) *Cristianismo descubierto*, citado por Bergier, *Tratado histórico*, parte 3, cap. 7, art. 3, párrafo 8.

«Sí, dice (1); altamente social es este espectáculo (la administración del mismo) : social por la honda impresion «que ejerce sobre el ánimo de los asistentes, quienes á su «vez serán juzgados por el que juzga á los mismos juzgadores ; social por los saludables remordimientos que en «ellos excita ; social por esta palabra que pone involuntariamente en sus labios : *Felices los que fallecieron en el Señor* ; social en cuanto hace advertir la brevedad del tiempo, «la fragilidad de la vida, la vanidad de todo lo que pasa, y «la realidad de todo lo que nos espera.»

§ VI.—*Orden sacerdotal.*

En todos tiempos y naciones ha habido sacerdotes, puesto que en todos tiempos y naciones ha habido religion. Pero ninguna religion ha tenido ni tiene un sacerdocio tan bien organizado cual la cristiana, ni una jerarquía tan perfecta ; como que ha sido establecida por el mismo Dios (2).

El sacramento del Orden es eminentemente ventajoso á la sociedad, porque «no habiendo sociedad sin religion, ni religion sin Iglesia, ni Iglesia sin obispos y sacerdotes, ni «obispos y sacerdotes sin el sacramento del Orden, claro es «que este Sacramento es el verdadero eje de la Religion y «del Estado (3).» Por eso dijo muy bien Mr. Pagés de l'Ariège en la Cámara de diputados, «que un cura párroco vale «mucho mas para mantener el orden que una compañía de «granaderos.»

La dignidad que reporta el hombre que recibe este Sacramento, elevándole á ministro é intérprete de Dios, es inmensa ; él tiene poder para hacer lo que los Ángeles mismos no pueden. Mision tan sublime y elevada exige imperiosamente del enviado una vida pura y casta, y el Paganismo mismo, á pesar de la impureza de sus cultos, advirtió esta exigencia y esta relacion al querer que las funciones sagradas fuesen desempeñadas por la virginidad (4). El Levítico queria que los ministros del tabernáculo santo fuesen tambien santos, dado que «ofrecen el incienso del Señor y el pan de

(1) *Catecismo de perseverancia*, parte 2, leccion 42.

(2) «*Divina ordinatione instituta.*» (*Conc. Trid.*).

(3) *Catecismo de perseverancia*, parte 3, leccion 42.

(4) Las vestales, v. g.

«su Dios (1).» ¿Qué extraño es que los Padres de la Iglesia quieran que el sacerdote de la nueva ley, que todos los días recibe en sus manos y en su seno el mismo Dios, tenga el alma *mas limpia que el sol* (2)?

La corrupcion que domina á los sofistas, y absorbe completamente su ser, no les deja penetrar la posibilidad de esta pureza (3), y por esta razon dicen *ser un absurdo obligar al hombre á una cosa que no podrá cumplir* (4): aluden al voto de castidad anejo al órden sacro. Discurren así atendiendo á la impetuosidad de esa pasion unida á la fragilidad del hombre: sin embargo, si este en fuerza de valor y heroismo consigue ser casto, entonces le llaman *cobarde* (5); ¡bella lógica! Ya se ve, como ellos no pueden ser *cobardes* en este sentido, lanzan furiosas invectivas contra las leyes celibatarias, que apellidan *barbaras* (6); echando á ellas la culpa de su cinismo. Todo esto no es mas que una repetición del principio de Lutero y de Zuínglio (*) de la indomabilidad de la carne. Lactancio, san Agustín y san Jerónimo, entre otros, confundieron preventivamente á todos estos desdichados Aristarcos de las personas puras y castas (**).

¡Por qué copia de razones estableció la Iglesia el celibato de los clérigos! Pero el plan que nos hemos propuesto no permite extendernos en esta materia. La confesion, como

(1) Levit. xxi.

(2) San Jerónimo, lib. *De sacerdotibus*.

(3) «Animalis homo non suscipit ea quæ sunt Spiritus Dei: sunt enim stultitia.» (I Cor. II, 14).

(4) Rousseau, *Emilio*, lib. IV; *Nueva Eloisa*, citado por Bergier, *Deismo refutado por sí mismo*.

(5) *Ibid.*

(6) *Ibid.*

(*) En 1552 reclamó del obispo de Constanza el matrimonio de los sacerdotes. «Vuestra Ilma., decia, conoce la vida vergonzosa que llevamos con las mujeres, y que ha escandalizado y pervertido á muchos. Pedimos por consiguiente, sabiendo por experiencia que no somos capaces de observar una vida casta y pura, que no se nos rehuse el matrimonio.»

(**) «Omnes enim quos cupiditas, aut voluptas præcipites trahit, invident ei qui virtutem capere potuit; et iniuste ferunt id habere aliquem quod ipsi non habent.» (Lactancio, *Divin. instit.* lib. VI *De vero cultu*, capítulo 4). «Illi semper castitati derogant qui eam aut non habent aut habere coguntur inviti.» (S. Aug. *Ep. XIII Virginitatis laus*). «Sed qui cæffrenata libidine vel per multa stupra difuentes evagantur, etc.» (*Lib. III de Doctrina christiana*, cap. 19, titulus: *Mali alios de suo existimant ingenio*).

dice muy bien De Maistre, «exige por sí sola el celibato; dando que las mujeres jamás otorgarán entera confesion á un sacerdote casado (1).»

Bajo el aspecto económico-político el celibato eclesiástico prestó un servicio inmenso á las sociedades, creando un medio represivo del incremento de poblacion sin perjudicarla; antes bien cooperando á su desarrollo, velando sobre los vicios, los matrimonios y los accesos ilegítimos, é importando además grandes productos inmateriales; productos tan palpables, que no se concibe cómo han podido ser desconocidos de Smith, que coloca á los sacerdotes entre los obreros improductivos, siendo así que en economía «nada hay mas fecondo que la esterilidad del sacerdote (2).» Bajo el aspecto moral, el celibato dejó al sacerdote mas libre, desembarazado y expedito para el ejercicio y práctica de las virtudes; y bajo el aspecto social despertó en él en obsequio de sus semejantes esos sentimientos de abnegacion y heroismo incompatibles con el lazo matrimonial. El sacerdote célibe no pertenece á un tercero que estorbe sus sacrificios: él es de todos y pertenece á todos: es el limosnero de Dios, el corredor de la divina Providencia. «Su familia no es otra que la gran familia humana; su esposa la caridad, y sus hijos todos los miserables y desgraciados del mundo (3).» Perfectamente conocedor de su alta mision, y libre de toda afeccion terrena, asiste en su cama al colérico, penetra en los hospitales, se sepulta en las mazmorras, atraviesa las montañas, ó va del lado allá de los mares en busca de desgraciados. ¡Y se admira Rousseau de que los Gobiernos y las leyes toleren un voto, dice él, *tan escandaloso* (4)! Necesario es que el hombre honrado haga grandes esfuerzos para que la indignacion que concibe al oír ciertas declamaciones de los deistas é incrédulos no le inspire un desdeñoso desprecio en vez de una compasion generosa.

Pero ¿y el ministro protestante? ¡Ah! este, segun hemos observado, está casado, tiene mujer é hijos, y faltaria al deber que estos le imponen, si diera un pedazo de pan á un pobre, ó pasara por la puerta de un contagiado. Su religion

(1) *Del Papa*, lib. III, cap. 3.

(2) *Id.* *ibid.* cap. 4.

(3) Chateaubriand.

(4) *Nueva Eloisa*, citado por Bergier en el *Deismo refutado por sí mismo*.